

«Ahora sí». Salí de la cocina, y paseándome en la sala mientras se preparaba lo necesario para el viaje al baño, pensaba que sobrada razón tenía mi compadre en celar a su hija, pues a cualquiera menos malicioso que él podía ocurrírsele que la cara de Salomé, con sus lunares y aquel talle y andar y aquel seno, parecía cosa más que cierta, contada. Interrumpió aquellas consideraciones Salomé, la cual, parándose en la puerta, me dijo:

—¿No vamos?

Y dándome a oler la sábana que llevaba colgada en un hombro, añadió:

—¿Qué olor tiene?

—El tuyo.

—A malvas, señor.

—Pues a malvas.

—Porque yo tengo siempre muchas en mi baúl. Camine y no vaya a creer que es lejos; lo vamos a llevar por debajo del cacaotal; al salir del otro lado, no hay que andar sino un pedacito, y ya estamos allá.

Fermín, cargado con los calabazos y coladeras, nos precedía. Este era mi ahijado; tenía yo trece años y él dos cuando le serví de padrino de confirmación, debido ello al afecto que sus padres me habían dispensado siempre.

XLIX

Sallamos del patio por detrás de la cocina, cuando mi comadre nos gritaba:

—No se vayan a entretener, que la comida está en estico.

Salomé quiso cerrar la puertecica de trancas por donde habíamos entrado al cacaotal; pero yo me puse a hacerlo, mientras ella me decía:

—¿Qué hacemos con Fermín, que es tan cuentero?

—Tú lo verás.

—Ya sé; deje que estemos más allá y yo lo engaño.

Cubríanos la densa sombra del cacaotal, la cual parecía no tener límites. La belleza de los pies de Salomé, que la falda de pancho azul dejaba visibles hasta arriba de los tobillos, resaltaba sobre el sendero negro y la hojarasca seca. Mi ahijado iba tras de nosotros arrojando mazorcas secas y pepas de aguacate a las magüiblancas que gemían bajo los follajes y a los cucaracheros. Al llegar al pie de un cachimbo, se detuvo Salomé y dijo a su hermano:

—¿Si irán las vacas a ensuciar el agua? Seguro, porque a esta hora están en el bebedero de arriba. No hay más remedio que ir en una carrera a espantarlas; corre, mi vida, y vé que no se vayan a comer el socobe que se me quedó olvidado en la orqueta del chiminango. Pero cuidado con ir a romper los trastes o a botar algo. Ya estás allá.

Fermín no se dejó repetir la orden. Bien es verdad que se le había dado de la manera más dulce y comprometedora.

—¿Ya yino?—me preguntó Salomé acortando el paso y mirando hacia las ramas con mal fingida distracción.

Se puso luego a mirarse los pies, cual si contara sus lentos pasos; y yo interrumpí el silencio que guardábamos, diciéndola:

—A ver qué es lo que hay y, con qué te tienen molida.

—Pues ahí verá que me dá no sé qué contarle.

—¿Por qué?

—Si es que se me hace hoy como muy triste y... ahora tan serio.

—Es que te parece. Empieza porque después no se ha de poder. Yo también tengo algo muy bueno que contarte.

—¿Sí? Usted primero, pues.

—Empieza tú—le respondí.

—Pues lo que sucede es que Tiburció se ha vuelto un veleta y un ingrato, que anda buscando

majaderías para darme sentimientos; ahora hace cosa de un mes que estamos de malas, sin haberle dado yo motivo.

—¿Ninguno? ¿Estás bien segura?

—Mire... se lo juro.

—¿Y cuál te ha dicho él que tiene para estar así después de haberte querido tanto?

—¿Tiburcio? Lampido que es: él no me quiere a mí nada: al principio no sabía yo por qué me ponía mal modoso cada rato, y después caí en la cuenta de que todo era porque se figuraba que yo le hacía buena cara al primero que veía. Dígame usted; ¿eso se puede aguantar cuando una es honrada? Primero dió en creer una bobería y usted anduvo en la danza.

—¿Yo también?

—Cuando se iba a librar...

—¿Y qué creía?

—¿Para qué decirlo si ya se lo figurará? Todo porque lo vió venir unas veces a casa y porque yo le tengo cariño: ¿cómo no se lo había de tener?

—¿Y se convenció al fin de que pensaba un disparate?

—Así me costó algunas lágrimas y buenas palabras para traerle a razón.

—Créeme que siento haber sido causa de eso.

—No se le dé nada, porque si no hubiera sido con usted, no hubiera faltado otro de quien echar malos juicios. Oiga, que no le he dicho lo mejor. Mi taita la amansaba potros al niño Justiniano, y él tuvo que venir a ver unos terneros que tenían en trato; en una de las ocasiones en que el blanco vino, lo encontró aquí Tiburcio.

—¿Aquí?

—No se haga el bobo; en casa. Para castigo de mis pecados, lo volvió a encontrar otra vez.

—Creo que van dos, Salomé.

—Ojalá hubiese sido esto solo: también lo encontró un domingo en la tarde que vino a pedir agua.

—Son tres.

—Nada más, porque aunque ha venido otras

veces, Tiburcio no lo ha visto; pero a mí se me pone que se lo han contado.

—¿Y todo te parece nada entre dos platos?

—¿Usted también dá en lo mismo? ¡Y ahora! Yo tengo la culpa de que ese blanco dé en venir? ¿Por qué mi taita no le dice que no vuelva, si es que se puede?

—Es que hay cosas sencillas difíciles de hacer.

—¡Ah! pues eso mismo le digo yo a Tiburcio; pero no tiene remedio, y de eso no me atrevo a hablarle yo.

—Que se case pronto contigo, ¿no es eso?

—Si tanto me quiere... Pero él ya cuando... ¡Es capaz de creer que soy una cualquiera.

Salomé tenía los ojos aguados, y después de dar unos pasos más, se detuvo a enjugarse las lágrimas.

—No llores—la dije,—yo estoy cierto de que no cree tal: todo esto es obra de celos, y nada más; verás cómo se remedia.

—No lo piense; menos tibante había de ser. Porque le han dicho que es hijo de caballero, nadie le da el tobillo ya en lo fachendoso, y se figura que no hay más que él... ¡Caramba! Como si yo fuera alguna negra bozal o alguna manumisa como él. Ahora está metido donde las provincianas, y todo por hacerme patear, porque mucho que lo conozco: bien me alegraría de que por José lo echara a la porra.

—Es necesario que no seas injusta. ¿Qué tiene de particular que esté jornaleando en casa de José? Eso quiere decir que aprovecha el tiempo; peor sería que pasara los días tunando.

—Mire que yo sé quién es Tiburcio. Menos enamorado había de ser...

—Pero porque le parezcas bonita tú, en lo cual maldita la gracia que hace, ¿han de parecerle también bonitas cuantas vé?

—Por eso.

Yo me reí de la respuesta, y ella, torciendo los ojos dijo:

—¡Velav! ¿Y eso qué cosquilla le hace?

—¿Pero no ves que estás haciendo lo mismo que Tiburcio, exactamente que lo que hace contigo?

—¡Válgame Dios! ¿Yo qué hago?

—Pues estar celosa.

—Eso sí que no.

—¿No?

—¿Y si él lo ha querido? A mí nadie me quita de la cabeza que si fior José lo consintiera, ese veleidoso se casaría con Lucía, y a no ser porque Tránsito es ajena ya, hasta con ambas, si lo dejaran.

—Pues sábetelo que Lucía quiere, desde que era chiquita, a un hermano de Braulio, que pronto vendrá; y no te quepa duda, porque Tránsito me lo ha contado.

Salomé se quedó pensativa. Llegábamos ya al fin del cacaoal, y sentándose en un tronco, me dijo meciendo con los pies colgantes una mata de buenastardes:

—Conque, diga, ¿qué le parece bueno hacer?

—¿Me das permiso para referirle a Tiburcio lo que hemos conversado?

—No, no. Por lo que usted más quiera, no lo vaya a hacer.

—Si solamente te pregunto si lo consientes.

—¿Totito?

—Las quejas son los agravios.

—Si es que cada vez que me acuerdo de lo que se figura él de mí, no sé ni lo que me digo... Vea, se me pone que es mejor no contarle, porque si ya no me quiere, después andará diciendo que me cansé de llorar por él y que lo quise contar.

—Entonces, convéncete, Salomé, de que no hay modo de remediar tus penas.

—¡Ah!—exclamó, poniéndose a llorar.

—Vamos, no seas cobarde—la dije apartándole las manos de la cara,—lágrimas de tus ojos valen mucho para que las derrames a chorros.

—Si Tiburcio creyera eso, no me pasaría ya las noches llorando hasta que me quedo dormida.

de verlo tan ingrato y ver que por él mi taita me ha cogido tema.

—¿Qué quieres apostar conmigo que mañana por la tarde viene Tiburcio a verte y a contentarte?

—¡Ay! le confieso que no tendría con qué pagarle—respondiome, estrechándome la mano en las suyas, y acercándosela a su mejilla.—¿Me lo promete?

—Muy desgraciado o tonto debo ser si no lo consigo.

—Vea que le cojo la palabra. Pero, por vida suya no vaya a contarle Tiburcio que hemos estado así tan solícitos y... Porque vuelve a dar en la del otro día, y eso sí será echarlo todo a perder. Ahora—añadió empezando a subir el cerco,—voltéese para allá y no me vea saltar, o saltamos juntos...

—Escrupulosa andas; antes no lo eras tanto.

—Si es que todos los días le cojo más vergüenza. Súbase, pues.

Mas como sucedió que Salomé, para caer al otro lado, encontró dificultades que no encontré yo, quedóse sentada encima de la cerca, diciéndome:

—Mire al miffo; diga ajooo. Pues ahora no he de bajar si no se voltea.

—Déjame que te ayude; vé que se hace tarde y mi comadre...

—¿Acaso ella es como aquél?... Y asina, ¿cómo quiere que me baje? ¿No vé que si me enredo...?

—Déjate de monadas y apóyate aquí—le dije presentándole mi hombro.

—Haga fuerza, pues como yo peso como... una pluma—concluyó saltando ágilmente.—Me voy a poner crecidísima, porque conozco muchas blancas que ya quisieran saltar así talanqueras.

—Eres boquirrubia.

—Eso es lo mismo que piquicaliente. Porque entonces voy a entromparme con usted.

—¿Vas a qué?

—Adiós... ¿Y no entiende? Pues que voy a ene

jarme. ¿Qué hiciera yo para saber como usted cuando se pone bien bravo? Es antojo que tengo.

—¿Y si después no podías contentarme?

—¡Ayayay! No habré visto yo que se le vuelve el corazón un yuyo si me ve llorando.

—Pero eso será porque conozco que no lo haces por coquetería.

—Co-que-te-ría. Y eso, ¿qué quiere decir? Dígame, que de veras no sé... Sólo que sea cosa mala... Entonces me la tiene muy guardadita, ¿ya lo oye?

—¡Buen negocio! Mientras tú la desperdicias.

—A ver, a ver: de aquí no paso si no lo dice.

—Me iré solo—la respondí dando unos pasos.

—¡Jesús! era yo capaz hasta de revolver el agua. ¿Y con qué sábana se secaba?... Nada, dígame qué es lo que yo desperdicio. Ya se me va poniendo qué es.

—Dí.

—¿Será... será amor? ¿Y qué remedio? porque quiero a ese creído. Si yo fuera blanca, pero bien blanca; rica, pero bien rica... sí que lo querría a usted; ¿no?

—¿Te parece así? ¿Y qué haríamos con Tiburcio?

—¿Con Tiburcio? Por amigo de tenderle el ala a todas, lo poníamos de mayordomo y lo teníamos aquí—dijo cerrando la mano.

No me convendría el plan.

—¿Por qué? ¿No le gustaría que yo lo quisiera?

—No es eso, sino el destino que te agrada para Tiburcio.

Salomé rió con gana. Habíamos llegado al riecito, y ella, después de poner la sábana sobre el césped que debía servirme de asiento en la sombra, se arrodilló en una piedra y se puso a lavarse la cara. Luego que acabó, iba a desatarse de la cintura un pañuelo para secarse, y la presenté la sábana, diciéndole:

—Esto te hará mal si no te bañas.

—Casi... casi que vuelvo a bañarme; y que está el agua tan tibiecita; pero usted refrésquese un rato, y ora que venga Fermín, mientras usted

acaba, doy una zambullida yo en el charco de abajo.

En pie ya, se quedó viéndose y sonreía maliciosa mientras se pasaba las manos húmedas por los cabellos. Al fin me dijo:

—¿Me creerá que yo he soñado que era cierto todo eso que le venía diciendo?

—¿Que Tiburcio no te quería ya?

—¡Malaya! que yo era blanca... Cuando desperté, me entró una pesadumbre tan grande, que el otro día era domingo y en la parroquia no pensé sino en el sueño mientras duró la misa: sentada avanzando ahí donde usted está, cavilé toda la semana con eso mismo y...

Interrumpieron las inocentes confianzas de Salomé los gritos de «chiino, chiino», que hacia el lado del cacaotal daba mi compadre llamando los cerdos. Salomé se asustó un poco, y, mirando en torno, dijo:

—Y este Fermín que ya se ha vuelto humo... báñese pronto, pues: que yo voy a buscarlo río arriba, no sea que se largue sin esperarnos.

—Espéralo aquí, que él vendrá a buscarte. Todo eso es porque has oído a mi compadre. ¿Te figuras que a él no le gusta que conversemos los dos?

—Que conversemos, sí, pero... según.

Saltando con suma agilidad sobre las grandes piedras de la orilla, desapareció tras de los cardenales frondosos. Los gritos del compadre seguían y me hicieron pensar que la confianza de él en mí tenía sus límites. Sin duda nos había seguido de lejos por entre el cacaotal, y solamente perdernos de vista se había resuelto a llamar a mi piara. Custodio ignoraba que su recomendación estaba ya diplomáticamente cumplida, y que a las mil encantas de su hija, alma ninguna podía ser más ciega y sorda que la mía. Regresé a la casa al paso de Salomé y de Fermín, que iban cargados con zumbos de calabaza; ella había hecho un bistico cántaro, que sin ser sostenido por mano alguna, no impedía al donoso cuerpo de la conductora ostentar toda su soltura y gracia de mo-

vimientos. Luego que salió Salomé como la vez primera, me dió las gracias con un «Dios se lo pague» y su más chusca sonrisa, añadiendo:

—En pago de esto le estuve echando del lado de arriba, mientras se bañaba, guabitas, flores del carbonero y venturosas, ¿no las vió?

—Sí, pero creí que alguna partida de monos estaría por aquí arriba.

—Lo desentendido que es usted: y que en anafanas me doy una caída por subirme al guabo.

—¿Y eres tan boba que creas no caí en cuenta de que eras tú quien echaba río abajo las flores?

—Como Juan Angel me ha contado que en la hacienda le echan rosas a la pila cuando usted va a bañarse, yo eché al agua lo mejor que en el monte había.

Durante la comida, tuve ocasión de admirar, entre otras cosas, la habilidad de Salomé y mi comadre para asar pitones y quesillos, freir buñuelos, hacer pandebotones y dar temple a la jalea. En las idas y venidas de Salomé a la cocina puse yo a mi compadre al corriente de lo que en realidad quería la muchacha, y de lo que yo pensaba hacer para sacarlos a uno y otra de trabajos. No le cabía al pobre el gusto en el cuerpo; y hasta algunas chanzas sobre la buena voluntad con que me servía a la mesa, le dirigió a mi compañera de paseo, que era mucho lograr después de su enojo contra ella.

Pasadas las horas de calor, a las cuatro de la tarde, era la casa una revuelta arca de Noé: los patos empezaron a atravesar por orden de familias la salita; las gallinas a amotinarse en el patio y al ciruelo donde en horquetas de guayabo descansaba la canocita en que estaba comiendo maíz mi caballo; los pavos criollos se pavoneaban inflados y devolviendo los gritos de dos lorras maiceras que llamaban a una Benita, que debía ser la cocinera, y los cerdos chillaban tratando de introducir las cabezas por entre los travesaños de la puerta de golpe.

A todo lo cual hay que agregar los gritos de

mi compadre dando órdenes y los de su mujer espantando los patos y llamando las gallinas. Fueron largas las despedidas y promesas que me hizo mi comadre de encomendarme mucho al milagroso de Cuna para que me fuera bien el viaje y volviera pronto. Al despedirme de Salomé, que procuró en tal momento no estar cerca de los demás, me apretó mucho la mano, y mirándome tal vez más que afectuosamente, me dijo:

—Mire bien que con usted cuento. A mí no me diga adiós para su viaje de porra, porque, aunque arrastrándome, al camino he de salir a verlo, si es que no llega de pasada. No me olvide... vea que si no, yo no sé qué haga con mi taita.

Hacia el otro lado de una de las quebradas que por entre las quinguedas cintas del bosque bajan ruidosas el declive, oí una voz sonora de hombre que cantaba:

Al tiempo le pido tiempo,  
y el tiempo, tiempo me dá,  
y el mismo tiempo me dice  
que él me desengañará.

Salió del arbolado el cantor, y era Tiburcio, quien con la ruana colgada de un hombro y apoyado en el otro un bordón, de cuya punta pendía un pequeño lío, entretenía su camino cantando por instinto sus penas a la soledad. Calló y dejóse al divisarme, y después de un risueño y respetuoso saludo, me dijo luego que me acerqué:

—¡Caramba! que sube tarde y a escape... Cuando el retinto suda... ¿De dónde viene así sorbiéndose los vientos?

—De hacer unas visitas, y la última, para fortuna tuya, fué a casa de Salomé.

—Y hacía marras que no iba.

—Mucho lo he sentido. ¿Y cuánto hace que no vas tú?

El mozo, con la cabeza agachada, se puso a despedazar con el bordón una matita de lulo, y al cabo alzó a mirarme, respondiendo:

—Ella tiene la culpa. ¿Qué le ha contado?  
—Que eres un ingrato y un celoso, y que se muere por tí nada más.  
—¿Conque todo eso le dijo? Pero entonces le guardó lo mejor.  
—¿Qué es lo que llamas mejor?  
—Las fiestas que tiene con el niño Justiniano.  
—Oyeme acá: ¿crees que yo pueda estar enamorado de Salomé?  
—¿Cómo lo había de creer?  
—Pues está tan enamorada Salomé de Justiniano, como yo de ella. Es necesario que estimes a la muchacha en lo que vale. Tú la has ofendido con los celos, y con tal que vayas a contentarla, ella te lo perdonará todo y te querrá más que nunca.

Tiburcio se quedó meditando antes de responderme con cierto acento y aire de tristeza:

—Mire, niño Efraín, yo la quiero tantísimo, que ella no se figura las crujiadas que me ha hecho pasar en este mes. Cuando uno tiene su genio, como a mí me lo dió Dios, todo se aguanta menos que le tengan a uno por cipote (perdone su mercé la mala palabra). Yo, que le estoy diciendo que Salomé tiene la culpa, sé lo que digo.

—Lo que no sabes es que contándome hoy tus agravios se ha desesperado y llorado hasta darme lástima.

—¿De veras?

—Y yo he inferido que la causa de todo eres tú. Si la quieres como dices, ¿por qué no te casas con ella? Una vez en tu casa, ¿quién había de verla sin que tú lo consintieras?

—Yo le confieso que sí he pensado en casarme, pero no me resolví, lo primero porque Salomé me haría siempre malicioso, y el dos yo no sé si el flor Custodio me la querrá dar.

—Pues de ella ya sabes lo que te he dicho; y en cuanto a mi compadre, yo te respondo. Es necesario que obres racionalmente, y que en prueba de ello esta misma tarde vayas a casa de Sa-

lomé y, sin darte por entendido de nada, le hagas una visita.

—Caray con su afán. ¿Conque me responde de todo?

—Sé que Salomé es la muchacha más honesta, bonita y hacendosa que puedes encontrar, y en cuanto a los compadres, yo sé que te la darán gustosísimos.

—Pues ahí verá que me estoy animando a ir.

—Si lo dejas para luego y Salomé se despacha y la pierdes, de nadie tendrás que quejarte.

—Voy, patrón.

—Convenido, y es inútil que me avises cómo te va, porque estoy cierto de que me quedarás agradecido... Y adiós, que van a ser las cinco.

—Adiós, mi patrón, Dios se lo pague. Siempre le diré lo que suceda.

—Cuidado con ir a entonar donde te oiga Salomé ese verso que venías cantando.

Tiburcio rió antes de responder.

—¿Le parece insultoso? Hasta mañana y cuente conmigo.

□

El reloj del salón daba las cinco. Mi madre y Emma me esperaban paseándose en el corredor. María estaba sentada en los primeros peldaños de la grada y vestida con aquel traje verde que tan hermoso contraste formaba con el castaño obscuro de sus cabellos, peinados entonces en dos trenzas, con las cuales jugaba Juan, medio dormido en el regazo de ella. Se puso en pie al desmontarme yo. El niño suplicó que le pasara un ratito en mi caballo, y María se acercó con él en los brazos, para ayudarme a colocarlo sobre las cañoneras del galápagó, diciéndome:

—Apenas son las cinco, ¡qué exactitud! Si siempre fuese así.

—¿Qué has hecho hoy con tu Mimiya?—le pre-

gunté a Juan, luego que nos alejamos de la casa.

—Ella es la que ha estado tonta hoy—me respondió.

—¿Cómo así?

—Pues llorando.

—¡Ah! ¿por qué no la has contentado?

—No quiso, aunque la hice cariños y la llevé flores; pero se lo conté a mamá.

—¿Y qué hizo mamá?

Ella sí la contentó, abrazándola, porque Mimiya quiere más a mamá que a mí. Ha estado tonta, pero no le digas nada.

María me recibió a Juan.

—¿Has regado ya las matas?—le pregunté su-  
biendo.

—No; te estaba esperando. Conversa un rato con mamá y Emma—agregó en voz baja,—y así que sea tiempo, me iré a la huerta.

Temía ella siempre que mi hermana y mi madre pudiesen creerla causa de que se entibiase mi afecto hacia las dos; y procuraba recompen-  
sarle con el suyo lo que del mío les había quitado. María y yo acabábamos de regar las flores. Sentados en un banco de piedra, teníamos casi a nuestros pies el arroyo, y un grupo de jazmines nos ocultaba a todas las miradas, menos a las de Juan, que cantando a su modo estaba alorado embarcando sobre hojas secas cáscaras de granadilla, cucarrones y chapules prisioneros. Los rayos lívidos del sol, que se ocultaba tras las cenicientas fileteadas de oro, jugaban con las luengas sombras de los sauces, cuyos verdes penachos acariciaba el viento. Habíamos hablado de Carlos y de sus rarezas, de mi visita a casa de Salomé, y los labios de María le sonreían tristemente, porque sus ojos no sonreían ya.

—Mírame—le dije.

Su mirada tenía algo de languidez que la embellecía en las noches en que velaba al lado del lecho de mi padre.

—Juan no me ha engañado—agregué.

—¿Qué te ha dicho?

—Que tú has estado tonta hoy... no lo llores... que has llorado y que no pudo contentarte; ¿es cierto?

—Sí. Cuando tú y papá ibais a montar esta mañana, se me ocurrió por un momento que ya no volverías y que me engañaban. Fui a tu cuarto y me convencí de que no era cierto, porque ví tantas cosas tuyas que no debías dejar... Todo me pareció tan triste y silencioso después que desapareciste en la bajada, que tuve más miedo que nunca a ese día que se acerca, que llega sin que sea posible evitarlo ya... ¿Qué haré? Dime, dime, qué debo hacer para que estos años pasen. Tú, durante ellos, no vas a estar viendo todo esto. Dedicado al estudio, viendo países nuevos, olvidarás muchas cosas horas enteras; y yo nada podré olvidar... me dejas aquí, y recordando y esperando voy a morir.

Poniendo la mano izquierda sobre mi hombro, dejó descansar por un instante la cabeza sobre ella.

—No hables así—la dije, pasando mi mano tem-  
blorosa por su frente pálida,—no hables así; vas a destruir el último resto de mi valor.

—¡Ah! tú tienes valor aún, y yo hace días que lo perdí. He podido conformarme—agregó ocultando el rostro con el pañuelo,—he debido pres-  
tarme a llevar en mí ese afán y angustia que me atormentan, porque a tu lado se convertía en algo que debe ser la felicidad... Pero te vas con ella y me quedo sola... y no volveré a ser ya como antes era... ¡Ay! ¿para qué viniste?

Sus últimas palabras me hicieron estremecer, apoyando la frente sobre las palmas de las manos, respeté su silencio, abrumado por su dolor.

—Efraín—dijo con voz más tierna después de unos momentos,—mira, ya no lloro.

—María—la respondí levantando el rostro, en el cual debió ella ver algo extraño y solemne, pues me miró inmóvil y fijamente;—no te quejes de mí; quéjate al que te hizo compañera de mi

ñitez; a quien quiso que te amara como te amo; culpate entonces de ser como eres... quejate a Dios. ¿Qué te he exigido, que me has dado que no pudiera darme y exigirse delante de él?

—¡Nadal ¡ay, nada! ¿Por qué me lo preguntas así?... Yo no te culpo; pero culpate ¿de qué?... Yo no me quejo...

—¿No lo acabas de hacer una vez para todas?

—No, no... ¿Qué te dije, qué? Yo soy una muchacha ignorante que no sabe lo que dice. Mirame—continuó tomando una de mis manos,—no seas rencoroso conmigo por esa bobería. Yo tendré ya valor... tendré todo... de nada me quejo...

Reclinó de nuevo su cabeza en mi hombro y añadió:

—Yo no volveré jamás a decirte eso... Nunca te habías enojado conmigo.

Mientras enjugaba yo sus últimas lágrimas, besaban por vez primera mis labios las ondas de cabellos que le orlaban la frente para perderse en las hermosas trenzas que se enrollaban sobre mis rodillas. Alzó las manos entonces casi hasta tocar mis labios para defender su frente de las caricias de ellos: pero en vano, porque no se atrevían a tocarla...

### LI

El 25 de enero, dos días antes del señalado para mi viaje, subí a la montaña muy temprano. Braulio había venido a llevarme, enviado por José y las muchachas, que deseaban recibir mi despedida en su casa. El montañés no interrumpió mi silencio durante la marcha. Cuando llegamos, Tránsito y Lucía estaban ordeñando la vaca Mariposa en el patinillo de la cabaña de Braulio, y se levantaron a recibirme con sus agasajos y alegría acostumbrada, invitándome a entrar.

—Acabemos antes de ordeñar la novillona—la dije recostando mi escopeta en el palenque,—pero

Lucía y yo solos, porque quiero conseguir así que se acuerde de mí todas las mañanas.

Tomé el socobe en cuyo fondo blanqueaban ya nevadas espumas y poniéndolo bajo la ubre de la Mariposa, logré que Lucía, toda avergonzada, lo acabase de llenar. Mientras esto hacía, la dije, mirándola por debajo de la vaca:

—Aun no se han acabado los sobrinos de José, pues yo sé que Braulio tiene un hermano más buen mozo que él, y te quiere desde que estabas como una muñeca.

—Como otro a otra—me interrumpió.

—Lo mismo. Voy a decirle a la señora Luisa que se empeñe con el marido para que el sobrinito pueda ayudarle; y así, cuando yo vuelva, no te pondrás colorada de todo.

—¡Eh, eh!—dijo, dejando de ordeñar.

—¿No acabas?

—Pero cómo quiere que acabe, si usted está tan zorra... Ya no tiene más.

—¿Y esas dos tetas llenas? Ordéñalas.

—Elo no; si esas son las del ternero.

—¿Conque le digo a Luisa?

Dejó de oprimir con los dientes el inferior de sus voluptuosos labios para hacer con ellos un gestito que en el lenguaje de Lucía significaba «a ver y cómo no»; y en el mío «haga lo que quiera». El becerro se desesperaba porque le quitaran el bozal, hecho con una extremidad de la manea, y que lo ataba a una mano de la vaca, quedó a sus anchas con sólo halar la ordeñadura una punta de la cuerda; y Lucía, viéndolo abalanzarse sobre la ubre, dijo:

—Eso era lo que tú querías, cabezón más fastidioso...

Después de lo cual entró en la casa, llevando sobre la cabeza el socobe y mirándome al pasar pícaramente al soslayo. Yo desalojé de una orilla del arroyo una familia de gansos que dormitaban sobre el césped, y me puse a hacer mi tocado de mañana, conversando al mismo tiempo con Trá-



sito y Braulio, quienes tenían las prendas de que yo me había despojado.

—Lucía—gritó Tránsito,—tráete el paño bordado que está en el baulito pestoso.

—No creas que viene—le dije a mi ahijado.

Y les conté en seguida lo que había conversado con Lucía. Ellos reían a tiempo que Lucía se presentó corriendo con lo que se le había pedido, contra todo lo que esperábamos; y como adivinara de qué habíamos tratado y que de ella se reían sus hermanos, me entregó el paño, volviendo a un lado la cara para que no se la viese, ni verme a mí, y se dirigió a Tránsito para hacerle la siguiente observación:

—Ven a ver tu café, porque se me va a quemar, y déjate de estar ahí riéndote a carcajadas.

—¿Ya está?—preguntó Tránsito.

—Ya hace tiempo.

—¿Qué es eso de café?—pregunté.

—Pues que yo le dije a la señorita el último día que estuve allá, que me enseñara a hacerlo, porque supongo que a usted no le gusta la gamuza; y por eso fué por lo que nos encontró afanadas ordeñando.

Esto decía golpeando el paño, que yo le había devuelto ya, en una de las hojas de la palma de helecho, pintorescamente colocada en el centro del patio. En la casa llamaban la atención a un mismo tiempo la sencillez, la limpieza y el orden: todo olía a cedro, madera de que estaban hechos los rústicos muebles, y florecían en los alares macetas de claveles y narcisos con que la señora Luisa había embellecido la cabafita de su hija: en los pilares había testas de venados, y las patas disecadas de los mismos servían de garabatos en la sala y en la alcoba. Tránsito me presentó entre ufana y temerosa, la taza de café con leche, primer ensayo de las lecciones que había recibido de María; pero felicísimo ensayo, pues desde que lo probé, conocí que rivalizaba con aquel que tan primorosamente sabía preparar Juan Ángel. Braulio y yo fuimos a llamar a José y a

la señora Luisa, para que almorzasen con nosotros. El viejo estaba acomodando en ligras las arranchadas y verduras que debía mandar al mercado el día siguiente, y ella acabando de sacar del horno el pan de yuca que debía servirnos para el almuerzo. La hornada había sido feliz, como lo demostraban no solamente el color dorado de los esponjosos panes, sino la fragancia tentadora que despedían.

Almorzábamos todos en la cocina; Tránsito desempeñaba, lista y risueña, el papel de dueña de casa. Lucía me amenazaba con los ojos cada vez que le mostraba con los míos a su padre. Los campesinos, con una delicadeza instintiva, desechaban toda alusión a mi viaje, como para no amargar esas últimas horas que pasábamos juntos. Eran ya las once; José, Braulio y yo habíamos visitado el platanal nuevo, el desmote que estaban haciendo y el maizal en filote. Reunidos nuevamente en la salita de la casa de Braulio, y sentados en banquillos alrededor de unas atarrayas, le poníamos las últimas plomadas, y la señora Luisa desgranaba, con los muchachos, maiz para apilar.

Ellas y ellos sentían, como yo, que se acercaba el momento temible de nuestra despedida. Todos guardamos silencio.

Debía de haber en mi rostro algo que los conmovía, pues esquivaban mirarme. Al fin, haciendo una resolución, me puse en pie, después de haber visto mi reloj. Tomé mi escopeta y sus arreos, y al colgarlos en uno de los garabatos de la salita, le dije a Braulio:

—Siempre que aciertes un tiro bueno con ella, acuérdate de mí.

La señora Luisa, sentada aún, seguía desgranando la mazorca que tenía en las manos, sin cuidarse de ocultar su lloro. Tránsito y Lucía, de pie, recostadas a un lado y otro de la puerta, me daban la espalda. Braulio estaba pálido. José fingía buscar algo en el rincón de las herramientas.

—Bueno, señora Luisa—dije a la anciana, inclinándome para abrazarla, —rece usted mucho por mí.

Ella se puso a sollozar sin responderme. En pié, sobre el quicio de la puerta, junté en un solo abrazo sobre mi pecho las muchachas, que sollozaban mientras mis lágrimas rodaban por sus cabelleras. Cuando separándome de ellas me volví para buscar a Braulio y José, ninguno de los dos estaba en la salita; me esperaban en el corredor.

—Yo voy mañana—me dijo José, tendiéndome la mano.

Bien sabíamos él y yo que no iría. Luego que me soltó de sus brazos Braulio, su tío me estrechó en los suyos, y enjugándose los ojos con la manga de la camisa, tomó el camino de la roza al mismo tiempo que empezaba yo a andar seguido de Mayo, y haciendo una señal a Braulio para que no me acompañase.

LII

Descendía lentamente hasta el fondo de la cañada: sólo el canto lejano de las gurríes y el rumor del río turbaban el silencio de las selvas. Mi corazón iba diciendo un adiós a cada árbol del sendero, a cada arroyo que cruzaba. Sentado en la orilla del río, veía rodar su corriente a mis pies, pensando en las buenas gentes a quienes mi despedida acababa de hacer derramar tantas lágrimas; y dejaba gotear las mías sobre aquellas ondas que huían de mí como los días felices de aquellos seis meses. Media hora después llegué a la casa y entré al costurero de mi madre, en donde estaban solamente ella y Emma. Aun cuando haya pasado nuestra infancia, no por eso nos niega sus mimos una tierna madre; ahora nos faltan sus besos; nuestra frente marchita demasiado pronto quizá, no descansa en su regazo; su

voz no nos aduerme, pero nuestra alma recibe las caricias amorosas de la suya.

Más de una hora había pasado allí, y extrañando no ver a María, pregunté por ella.

—Estuvimos con ella en el oratorio—me respondió Emma;—ahora quiere que recemos cada rato; después se fué a la repostería: no sabrá que has vuelto.

Nunca me había sucedido regresar a casa sin ver a María pocos momentos después; y mucho temí que hubiese vuelto a caer en aquel abatimiento que tanto me desanimaba, para vencer el cual la había visto en los últimos ocho días hacer constantes esfuerzos. Pasada una hora, durante la cual estuve en mi cuarto, llamó Juan a la puerta para que fuera a comer. Al salir encontré a María apoyada en la reja del costurero que caía al corredor.

—Mamá no te ha llamado—me dijo el niño riendo.

—¿Y quién te ha enseñado a decir mentiras? María no te perdonará ésta.

—Ella fué la que me mandó—contestó Juan, señalándola.

Volvíme hacia María para averiguar la verdad, pero no me fué preciso, porque ella misma se acusaba con su sonrisa. Sus ojos brillantes tenían una apacible alegría que nuestro amor les había quitado; sus mejillas, el vivo sonrosado que las heroseaba durante nuestros retozos infantiles. Llevaba un traje blanco sobre cuya falda ondulaban las trenzas al más leve movimiento de su cintura o de sus pies, que jugaban con la alfombra.

—¿Por qué estás triste y encerrado?—me dijo, —yo no he estado así hoy.

—Tal vez sí—la respondí, por tener pretexto para examinarla de cerca aproximándome a la reja que nos separaba. Ella bajó los ojos fingiendo mudar de nuevo los largos cordones de suantal de gro azul; y cruzando luego las manos por detrás del talle, se recostó contra una hoja de la ventana, diciéndole: